



2. ETA (1959-2009)

ETA, historia de un precipitante

Floren Aoiz

1. Dos aclaraciones preliminares. En primer lugar, quiero aclarar que estas no son mis opiniones, sino sólo aquellas que pueden publicarse sin que ni un servidor ni quienes patrocinan la edición den con sus huesos en la cárcel. Hay que andarse con mucho cuidado en este Estado español que Franco decidió que fuera una “democracia”, en el que Carrero Blanco es una “víctima del terrorismo”, la Falange un partido legal, el Borbón habla con cariño del dictador y Arnaldo Otegi fue encarcelado por alabar a una de las personas que se jugó la vida luchando contra el régimen fascista instaurado tras la victoria de los sublevados en julio de 1936.

En estas condiciones un debate sincero es, sencillamente, imposible. Uno dice lo que puede decir. Se puede escribir cualquier cosa contra ETA, pero hablar sobre esta organización sin reproducir el discurso impuesto por el nacionalismo español es cuando menos arriesgado.

La segunda aclaración hace referencia a mi punto de vista sobre la materia. Por mucho que se empeñen Garzón, la Fiscalía o las diferentes policías españolas ni he sido ni soy militante de ETA, mucho menos -obviamente- dirigente de esta organización. Lo quiero recalcar porque desde diciembre de 2002 debo pasar cada quince días por un juzgado como imputado por un supuesto delito de pertenencia a banda armada y la Fiscalía pretende considerarme miembro de esta organización ¡en grado de dirección! Mi punto de vista será o no interesante, pero desde luego no es la visión de alguien de ETA.

2. El susto de Carrillo. Cuando ETA hizo saltar por los aires al número dos del franquismo y principal valedor de la sucesión juancarlista del dictador, Carrero Blanco, la izquierda convencional quedó totalmente onnubilada. ¿A quién se le había ocurrido saltarse el guión de una manera tan impactante?

Carrillo, incapaz de aceptar que en Euskal Herria había surgido un grupo política y materialmente capaz de cargarse a la eminencia gris del régimen,

apuntó a la CIA. Y eso que Carrero era uno de los engranajes de la cohesión entre EE UU y el franquismo, algo que Carrillo sabía muy bien.

No se trataba sólo de una necesidad más de Carrillo. Era la demostración del divorcio entre una izquierda anquilosada, vendida, derrotada y domesticada, que ansiaba pastar en los prados del *establishment* y la viva realidad social y política vasca. Carrillo acaso veía reaparecer bajo formas insospechadas el fantasma de los maquis que tanto le había costado liquidar, pero no se trataba de los coletazos de la lucha contra el golpe de 1936, sino de algo totalmente nuevo.

Con Carrero saltaban por los aires la falacia de la “reconciliación nacional” y todo el discurso entreguista con el que algunos esperaban lograr el visto bueno de los cocineros de la transición, el postre a servir tras la muerte del “Caudillo”. Había surgido un nuevo sujeto político que formulaba sus propios objetivos y no aspiraba a pedir una parte del pastel de la reforma, sino a afrontar una profunda transformación social y lograr un cambio histórico en las relaciones entre Euskal Herria y los Estados español y francés.

3. ETA, factor precipitante. En la preperación de mi libro sobre la transición postfranquista en Navarra topé, gracias a Justo de la Cueva, con las ideas de Jauregiberry ^{1/}. Me pareció sugerente su visión de ETA y los movimientos generados en el último tramo del franquismo y primeros tiempos de la reforma. Ideas como iceberg o elemento precipitante aparecían así como una invitación a visualizar el proceso histórico del surgimiento y evolución de ETA como catalización de factores y tendencias más profundos y de mucho más largo recorrido. Sin reparar en estos elementos, cualquier análisis de la historia de ETA sería muy parcial y difícilmente nos permitiría comprender la pervivencia de un fenómeno de lucha armada y movilización social como el que se ha producido y sigue reproduciéndose en Euskal Herria frente a dos de los Estados más poderosos de Europa occidental.

Pueden respirar tranquilos quienes hayan temido que me remonte a la prehistoria o glose la resistencia vasca al imperio carolingio. Simplemente quiero recordar que existe un fenómeno histórico de muy largo recorrido que se ha expresado de muy diversas maneras y que podemos denominar pervivencia del pueblo del euskara. Pervivencia que no, desde luego, inmutabilidad ni continuidad mecánica. Lo vasco, por llamarlo de algún modo, es una constante que ha tenido durante siglos muy diversas expresiones, siendo la lengua y la cultura política las más importantes. Los vascos no sólo tenemos una lengua diferente, no sólo hemos guardado un sentimiento identitario –que no es lo mismo que conciencia nacional en el sentido moderno del término– sino que –y esto es muy importante–, tuvimos nuestras propias estructuras estatales y tenemos nuestra cultura política, que ha chocado históricamente con otras que nos han sido impuestas por la fuerza.

^{1/} Jauregiberry, F. (1983) *Question nationale et mouvements sociaux en Pays Basque sud*. París: Tesis de Doctorado en Sociología, Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.

“El movimiento que surge en Euskal Herria, que en absoluto puede identificarse mecánicamente con ETA, es un fenómeno masivo, un nuevo movimiento popular, surgido de la sociedad y que escapaba al control de las facciones burguesas tanto como a la dirección de los partidos tradicionales de la izquierda española”

El franquismo llevó la presión para españolizar Euskal Herria al extremo. En ese clima surge ETA, pero no se trata de un fenómeno de oposición a la dictadura, sino de algo mucho menos coyuntural. Lo que ocurre hace ahora unos 50 años es el surgimiento de un fenómeno político totalmente nuevo: el independentismo de izquierdas.

ETA se convierte, con su actividad armada y su liderazgo de la lucha contra el franquismo en el factor precipitante de numerosos procesos y fenómenos desencadenados en estas décadas. Pero si tiene esa capacidad de precipitación no se debe sólo a su vocación de agitar el panorama social y político del país creando nuevas situaciones, nuevos sujetos políticos, nuevos espacios de lucha. Es –además de por eso– porque existían condiciones en las que estas semillas pudieron germinar.

4. El nuevo independentismo popular. ETA no surge de la nada, pero no es el hijo pródigo del Partido Nacionalista Vasco. La irrupción en el escenario vasco de la izquierda abertzale no puede interpretarse exclusivamente como una muestra del desencanto de algunos sectores con la estrategia del PNV. Estamos, por el contrario, ante un sujeto político nuevo, que evoluciona de la adhesión más o menos estricta a los valores del nacionalismo burgués a una nueva cultura política y, sobre todo, a una nueva estrategia, una nueva praxis que está muy lejos del comportamiento pactista y sumamente conservador del partido fundado por Sabino Arana.

ETA y la izquierda abertzale tienen más que ver con la industrialización y la aparición de la clase obrera vasca que con la evolución interna del PNV, por más que el surgimiento de esta organización se produjera en un contexto concreto. La pretensión de fosilizar la historia de ETA podrá ser un buen negocio para personajes que han hecho de su papel de “fundadores de ETA” su único capital personal, pero las circunstancias concretas del nacimiento de esta organización son infinitamente menos importantes que su evolución y su conexión con determinados intereses populares. Conexión y precipitación, regeneración y reproducción de unas nuevas subjetividades. ETA es capaz de responder a unos deseos, y su vez los transforma, les da cuerpo y contribuye a moldearlos. En un primer momento porque cuestiona con éxito al franquismo el monopolio de la violencia legítima. Más tarde porque se convierte en un poder real, un contrapoder si preferimos ese término, capaz de oponerse a la operación reformista poniendo sobre la mesa un escenario alternativo de ruptura basada en la exigencia del respeto a los derechos del pueblo vasco.

Con el surgimiento de ETA sectores populares vascos pasan a hacer política directamente. Ya no se trata de adherirse a una u otra fracción de la burguesía, o de la nobleza, como en otras etapas de nuestra historia. Tampoco se reproducen los esquemas mentales y prácticos del nacionalismo español, en el que se encuadran tanto el PSOE-UGT como el PCE. La izquierda abertzale es algo nuevo. Es un fenómeno popular, ligado a unas capas sociales determinadas que quieren tener su propio protagonismo y es un fenómeno nacional vasco, muy diferente de lo que en esos mismos momentos está ocurriendo en el resto del Estado español.

Este nuevo independentismo se va fortaleciendo en el tramo final del franquismo y en él la influencia de ETA es notable, pero no se trata de un fenómeno simple. ETA marca pautas, pero también cambia y siente la influencia de los nuevos movimientos sociales que van surgiendo. La idea del “todo es ETA” esgrimida para justificar la criminalización de organizaciones populares vascas no se ha correspondido nunca con la realidad, aunque sí con la percepción que ha tenido del fenómeno el nacionalismo español.

Por otra parte, la complejidad de las relaciones entre ETA y otros organismos o sectores supera conceptos como dirección o vanguardia, aunque se haya querido interpretar en esos términos. El movimiento que surge en Euskal Herria, que en absoluto puede identificarse mecánicamente con ETA, es un fenómeno masivo, un nuevo movimiento popular, surgido de la sociedad y que escapaba al control de las facciones burguesas tanto como a la dirección de los partidos tradicionales de la izquierda española. Frente a los partidos al uso, ETA precipita procesos complejos en los que los sectores que se apartaban de las posiciones más combativas quedan pronto arrinconados, no habiendo espacio para liderazgos personales convencionales. Estos movimientos recurren a formas de lucha que van desde el accionar armado hasta la acción político-cultural, pasando por el movimiento obrero o el estudiantil, creando una efervescencia inasimilable por el régimen franquista.

La interrelación entre estas expresiones combativas no se basaba en esquemas “clásicos”. Por ello, las fórmulas represivas que habían resultado eficaces en la lucha contra el maquis o el PCE no sólo fueron incapaces de frenar el desarrollo de este movimiento, sino que aceleraron y profundizaron su desarrollo. En realidad, ni el Estado franquista ni su aliado principal, EE UU, habían previsto que surgiera un movimiento independentista de estas características, en sintonía con las aspiraciones de la clase obrera. Y lo que no fueron capaces de comprender hasta mucho más tarde es que adquiriera una capacidad de lucha y desgaste del régimen como la que demostró. Finalmente tuvieron que hacer frente a la realidad: en 1969, Carrero se refería así a ETA “*anda por el camino de crear graves complicaciones a la unidad de la Patria y a las relaciones con la Iglesia 12*”.

El franquismo respondió con bestialidades y torpeza al nuevo desafío. Una de las expresiones más significativas de esta respuesta fue el Proceso de Burgos,

^{2/} Carrero, citado en Tusell, J. (1993) *Carrero, La eminencia gris del régimen de Franco*. Madrid: Temas de hoy, pág. 350.

que pretendiendo ser un alarde de fuerza del régimen se convirtió en expresión de su debilidad. La represión contribuyó a convertir a ETA en símbolo y punta de lanza de la lucha contra el franquismo, pero también de las reivindicaciones de clase. El dirigente de ETA *Argala* diría años más tarde que en torno a este juicio “*comenzó a hacerse patente de modo evidente*” la identificación de la clase obrera con la lucha armada **/3**.

Como señalara Pérez Agote, a partir de las movilizaciones en torno al Proceso de Burgos se desbordaron los frenos que el régimen había impuesto a la expresión pública de la “*densa vida colectiva cotidiana* **/4**”, y se produjo una notable transformación en la sociedad vasca, al adquirir la calle un notable protagonismo en la vida colectiva a través de la red asociativa y la cuadrilla. Los estrechos límites del franquismo y su ideología fascista, basada en la rigidez social, la explotación y un nacionalismo español agresivo e intolerante, chocaban con la efervescencia de una sociedad vasca erizada por la industrialización, los cambios sociales, el deterioro de la lengua y la cultura autóctonas y una larga tradición de desconexión con las tendencias dominantes a nivel de estado. El juicio-escarmiento de 1970 demostró que el Estado español era incapaz de frenar ese fenómeno, pues sólo podía recurrir a estrategias que agudizaban las contradicciones. Para el franquismo resultó imposible frenar el crecimiento de la resistencia vasca. Ya lo adelantó Franco en un Consejo de Ministros: “*La lucha contra ETA va a durar, se ha hecho crónica* **/5**”.

Quienes prepararon a conciencia el postfranquismo terminaron por comprender que el movimiento surgido en Euskal Herria iba a convertirse en el escollo fundamental para sus planes de transición de la ley a la ley. Así lo reconocía un informe confidencial del Consejo Provincial del Movimiento en Gipuzkoa de septiembre de 1972:

...tengamos bien presente, que la resolución del problema del País Vasco no admite ninguna demora. Debe ser resuelto en vida del Caudillo. Si no se lograra eliminarlo de la herencia política que recibirá el príncipe de España al cumplirse las previsiones sucesorias, se realizará de tal forma en los primeros tiempos de su reinado, que exigirá una respuesta militar con todos los riesgos y condicionamientos que ello había de entrañar para el signo, definitivamente pacífico, que debe caracterizar la Monarquía del Movimiento **/6**.

5. Precipitante de la crisis de la reforma, como señalara un ex-jefe de los “*grises*” **/7**. Sin embargo cuando a la muerte de Franco se impuso el modelo de reforma que había sido preparado mucho antes, la presión contra el indepen-

3/ Beñaran Ordeñana, J. M. *Argala*. Prólogo a Apalategi, J. (1979) *Los vascos de la nación al Estado*. P.N.V., E.T.A., ENBATA, Elkar, versión digital del prólogo en <http://www.marxists.org/espanol/argala/argala1.htm>

4/ Pérez-Agote, A. (1984) *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*. Madrid: CIS-Siglo XXI de España, págs. 116 y 117, citado en De la Cueva Alonso, J. (1988) *La escisión del PNV*. Bilbo: Txalaparta, Bilbo, pág. 103.

5/ Citado en Cerdán, M., y Rubio, A. (2003) *Lobo. Un topo en las entrañas de ETA*. Barcelona: Plaza y Janés, pág. 25.

6/ Citado en Colectivo Unitario-LAB (1989) *Obreros somos...1969-1989. El Movimiento Obrero en la Comarca de Tafalla*. Tafalla: Altaffaylla, pág. 35.

7/ Delgado, J. (2005) *Los grises. Víctimas y verdugos del franquismo*. Madrid: Temas de Hoy, pág. 261.

dentismo vasco se acentuó notablemente. Ya no se trataba de la represión de la dictadura surgida del golpe de julio de 1936, sino de un “Estado de derecho” que contaba con el apoyo de las “fuerzas democráticas”, algunas de ellas defensoras en su día de la Segunda República Española. Se produjeron sensibles cambios en las posiciones de los agentes políticos y sociales y tanto ETA como el movimiento independentista se fueron adaptando a la nueva situación. La represión, lejos de reducirse, se intensificó y ésta ha sido la tendencia hasta la actualidad.

El iceberg del que hablábamos ha ido desarrollándose en estos años en direcciones diferentes, a veces incluso contrapuestas. Euskal Herria sigue siendo tierra de movimientos sociales potentes y muy creativos. En algunos casos, como en la lucha contra la central de Lemoiz, la confluencia de diversas formas de actuación ha obligado a alterar los planes gubernamentales, pese a estar apoyados por importantes agentes políticos y económicos locales. En otros, los resultados han sido mucho menos claros, o incluso sumamente frustrantes para los movimientos sociales.

Es evidente, en cualquier caso, que el posfranquismo y los cambios sociales, económicos y culturales vividos en estos años han afectado a la visión de amplios sectores con respecto a la práctica de la lucha armada y la propia imagen de ETA. La maquinaria propagandística de la “democracia española” ha cargado constantemente contra el independentismo buscando su identificación con ETA para facilitar su criminalización y los efectos de esa machacona insistencia están a la vista.

El independentismo vasco ha estado muy solo en su denuncia de la reforma posfranquista. Muchos de quienes a la muerte de Franco rechazaban una componenda con el régimen han ido aceptándola con el paso del tiempo. En muchos casos, la crítica a la lucha armada de ETA ha sido la tapadera de procesos de involución ideológica y política. El desarrollo del Estado de las Autonomías, la imposición de la separación de Euskal Herria peninsular en dos comunidades, la LOAPA, la guerra sucia, el plan ZEN, la sintonía PSOE-PNV, la implicación de la Ertzantza en tareas represivas, los pactos “antiterroristas”...; todos estos factores han ido complicando el panorama político vasco y han supuesto grandes obstáculos para el independentismo vasco.

El Estado de las Autonomías logró importantes apoyos en la Euskal Herria peninsular. Buena parte de las complicidades entonces aparecidas han ido cayendo a lo largo de los últimos años, pero en su día provocaron un duro enfrentamiento dentro de las fuerzas de ámbito vasco, ya que buena parte de ellas se alió con el nacionalismo español frente al independentismo. La insistencia de la izquierda abertzale en la defensa del derecho de autodeterminación, el fracaso de la represión y la arrogancia del nacionalismo español, que siempre ha visto el estado de las autonomías como un mal menor, fueron provocando un notable desgaste de la reforma y terminaron por hacerla entrar en crisis, pero el proceso fue complejo y estuvo erizado de dificultades para el independentismo.

ETA ha sido capaz de mantener su fuerza operativa pese a la escalada represiva. Ha sufrido caídas, descabezamientos, escisiones, infiltraciones y ataques de todo

tipo, pero ha cumplido 50 años con capacidad para golpear duramente al Estado español. De este modo, ha ido dinamitando las expectativas de una salida policial, aunque desde Madrid y París se sigan haciendo grandes esfuerzos para hacer creíble esa posibilidad.

Desde la muerte de Franco, la capacidad de ETA de precipitar cambios en nuestra sociedad se ha evidenciado en numerosas ocasiones, tanto por sus atentados como por sus treguas y/o altos el fuego. Ha llegado a acuerdos con fuerzas políticas y ha sido capaz de sentarse con representantes de diversos gobiernos españoles, en algunos casos con la presencia de destacadas personas o instituciones del ámbito internacional. No obstante, todos los intentos de resolver el conflicto en términos políticos han fracasado hasta ahora y en más de una ocasión ETA se ha visto envuelta en las trampas propagandísticas de los gobiernos españoles, más preocupados por culpar a esta organización del fracaso de las tentativas de solución que de llevarlas adelante.

En este sentido, los gobiernos españoles han querido hacer pagar –y en algunas ocasiones lo han logrado– a ETA y al independentismo de izquierdas la factura del fracaso de los procesos de búsqueda de una solución dialogada. Ciertos errores en la gestión y enfoque de esos procesos han sido hábilmente instrumentalizados por los nacionalistas españoles y sus aliados para desgastar la imagen de ETA y presentar a la izquierda abertzale como maximalista.

ETA también ha sacudido el espectro social del independentismo, en ocasiones con impactos que han provocado desmarques. Como se puso en evidencia en el caso de Miguel Ángel Blanco, los nacionalistas españoles han querido utilizar contra la propia ETA y contra los defensores de los derechos nacionales de Euskal Herria la capacidad precipitante de ETA.

ETA ha cambiado mucho desde la muerte de Franco. También su imagen, la percepción de sus acciones armadas y sus propuestas políticas, como ha cambiado su influencia social. Los cambios en su modo de accionar y su capacidad operativa son también destacables. ETA sigue teniendo una capacidad de precipitación notable, que va mucho más allá de sus acciones armadas.

El efecto del último alto el fuego o los atentados de este verano muestran esa capacidad de ETA de marcar agenda y evidenciar la incapacidad de la represión para neutralizarla. No obstante, resulta evidente que la actuación policial ha dificultado notablemente la práctica armada. ETA ha sufrido numerosas caídas y la represión dibuja a un escenario cada día más complicado para sus acciones.

La represión se ha desplazado en los últimos años a las organizaciones políticas independentistas, en un intento de neutralizar su influencia social y evitar cualquier tipo de avance hacia nuevos escenarios. Las recientes detenciones de Arnaldo Otegi, Rafa Díez y otros militantes independentistas, al igual que las ilegalizaciones, los juicios y los encarcelamientos, suponen la confirmación de la vuelta de tuerca en la estrategia represiva del nacionalismo español.

En cualquier caso, hay que tener en cuenta que esta escalada represiva obedece a la profunda crisis de la reforma y su “solución autonómica”. Nunca el modelo autonómico actual había tenido menos apoyos que ahora en la Euskal Herria peninsular. Nunca había existido una demanda tan extendida de superar este marco. Paradójicamente, la izquierda abertzale se enfrenta a las mayores dificultades de su historia para hacer política, pero nunca había obtenido tantas victorias políticas. Hoy es más débil que nunca la defensa de los estatutos. Hoy hay más fuerzas que nunca demandando el derecho a decidir de la sociedad vasca. El discurso que la izquierda abertzale mantenía poco menos que en solitario en los primeros años de la reforma es sistemáticamente plagiado por todo tipo de agentes, sindicatos, partidos... Hasta el PNV se vio obligado a ofrecer una versión descafeinada mediante su famoso plan Ibarretxe.

Epílogo: el efecto precipitante en la Europa del siglo XXI. No es lo mismo pretender ser un factor precipitante que serlo. Muchos agentes pretendieron marcar las pautas de la resistencia al franquismo. De algunos de ellos la mayor parte de la sociedad actual no conoce ni el nombre. El de ETA es sobradamente conocido aunque ahora mismo el papel que jugó frente a la dictadura haya sido enterrado por la propaganda “antiterrorista”.

ETA ha querido ser factor precipitante y lo ha sido. Ha logrado obligar a todos los agentes políticos y sociales a posicionarse e incluso cambiar sus estrategias y sus discursos. Esto se debe a diversos factores, pero uno de ellos es que ETA decidió utilizar la lucha armada y fue y ha sido capaz de practicarla pese a haberse desencadenado una acción neutralizadora descomunal por parte del Estado español con la colaboración de otros Estados y especialmente la interesada complicidad francesa. No obstante, la práctica armada, que ha variado notablemente a lo largo de los años es sólo una de las cosas que ha hecho ETA. Con las armas o sin ellas, ETA ha actuado como un sujeto de primer orden en la política vasca y en las relaciones entre la sociedad vasca y los Estados español y francés.

Pasado este tiempo, ETA, que como toda organización formada por personas está sujeta a contradicciones y diferencias de criterios, sigue teniendo capacidad para precipitar cambios, algo que no siempre tiene que ver con la trascendencia de la lucha armada en términos puramente militares. ETA ha realizado numerosas acciones armadas en estos 50 años, algunas de ellas de gran eco, pero su capacidad de actuar como precipitante de los procesos sociales no ha sido siempre paralela a su capacidad operativa. En relación al Proceso de Burgos, como señala Jauréguiberry ^{8/}, ETA logró gran audiencia y popularidad pese a hallarse sumida en una importante crisis. Comparto con él que la dimensión de Euskadi Ta Askatasuna supera su propia existencia como organización y debe ser vista más bien como la parte visible de un iceberg que el hielo y el frío del franquismo no habían dejado de formar a lo largo de los 30 años anteriores.

^{8/} Jauréguiberry, F. (*op.cit.*)

En mi opinión, podemos deducir de la historia que ETA tiene en sus manos la capacidad de precipitar o contribuir a precipitar notables cambios en la sociedad vasca. La elección de esta idea como título y eje central de mi reflexión no es casual, ya que expresa también un deseo personal. Podemos estar ante un nuevo cambio histórico, que altere los guiones que otros han escrito para Euskal Herria. Un cambio que abra un nuevo ciclo y permita nuevas alianzas, complicidades eficaces para cambiar la sociedad y avanzar hacia la independencia, dejando en manos de la sociedad la toma de decisiones. Creo que ETA se enfrenta al reto de precipitar ese cambio, o, cuando menos, de contribuir a precipitarlo, porque sería erróneo creer que el cambio depende de uno solo de los agentes implicados.

El gran sujeto de ese cambio debe ser la sociedad vasca y es de esperar que todos aquellos agentes que pueden ayudar a precipitarlos se pongan cuanto antes manos a la obra.



3. ETA (1959-2009)

El *ethos* de ETA

Mario Zubiaga

Se han cumplido treinta años ya desde que el sistema político español culminó un proceso de democratización que se demoraba desde 1945. El paso del sistema autoritario franquista a un “Estado de Derecho”, más o menos homologable a los vigentes en Europa, es la expresión histórica concreta de ese proceso de democratización.

Con la Constitución de 1978 España se sumó a un escenario que Charles Tilly denominaría “*consulta protegida*”: aquella situación en la que una ciudadanía política cada vez más amplia condiciona de forma creciente la formación y el quehacer de unos poderes públicos cuya arbitrariedad es correlativamente decreciente, en beneficio de un cuerpo de derechos y libertades cada vez más amplio /1.